

Modulo C; texto 1:

Antonio Bero Vallego, Historia de una escalera,
Madrid, Austral, 2005.

HISTORIA DE UNA ESCALERA

DRAMA EN TRES ACTOS

Premio Lope de Vega de 1949

*Porque el hijo deshonra al padre, la
hija se levanta contra la madre, la sue-
ra contra su suegra: y los enemigos del
hombre son los de su casa.*

(MIQUEAS, cap. VII, vers. 6.)

Esta obra se estrenó en Madrid, la noche del 14 de octubre de 1949, en el Teatro Español, con el siguiente

REPARTO

COBRADOR DE LA LUZ ...	José Capilla.
GENEROSA	Adela Carbone.
PACA	Julia Delgado Caro.
ELVIRA	Marta Jesús Valdés.
DOÑA ASUNCIÓN	Consuelo Muñoz.
DON MANUEL	Manuel Kayser.
TRINI	Esperanza Grases.
CARMINA	Elena Salvador.
FERNANDO	Gabriel Llopert.
URBANO	Alberto Bové.
ROSA	Pilar Sala.
PEPE	Adriano Domínguez.
SEÑOR JUAN	José Cuenca.
SEÑOR BIEN VESTIDO	Fulgencio Nogueras.
JOVEN BIEN VESTIDO	Rafael Gil Marcos.
MANOLÍN	Manuel Gamas.
CARMINA, <i>hija</i>	Asunción Sancho.
FERNANDO, <i>hijo</i>	Fernando M. Delgado.

Derecha e izquierda, las del espectador.

Dirección: CAYETANO LUCA DE TENA.
Decorado y vestuario: EMILIO BURGOS.

ACTO PRIMERO

Un tramo de escalera con dos rellanos, en una casa modesta de vecindad. Los escalones de bajada hacia los pisos inferiores se encuentran en el primer término izquierdo. La barandilla que los bordea es muy pobre, con el pasamanos de hierro, y tuerce para correr a lo largo de la escena limitando el primer rellano. Cerca del lateral derecho arranca un tramo completo de unos diez escalones. La barandilla lo separa a su izquierda del hueco de la escalera y a su derecha hay una pared que rompe en ángulo junto al primer peldaño, formando en el primer término derecho un entrante con una sucia ventana lateral. Al final del tramo la barandilla vuelve de nuevo y termina en el lateral izquierdo, limitando el segundo rellano. En el borde de éste, una polvorienta bombilla enrejada pende hacia el hueco de la escalera. En el segundo rellano hay cuatro puertas: dos laterales y dos centrales. Las distinguiremos, de derecha a izquierda, con los números I, II, III y IV.

El espectador asiste, en este acto y en el siguiente, a la galvanización momentánea de tiempos que han pasado. Los vestidos tienen un vago aire retrospectivo.

(Nada más levantarse el telón vemos cruzar y subir fatigosamente al COBRADOR

CARMINA.—¡No te burles de mí!

FERNANDO.—¡Te lo juro!

CARMINA.—¿Y todas... ésas con quien has paseado y... que has besado?

FERNANDO.—Tienes razón. Comprendo que no me creas. Pero un hombre... Es muy difícil de explicar. A ti, precisamente, no podía hablarte..., ni besarte... ¡Porque te quería, te quería y te quiero!

CARMINA.—No puedo creerle.

(Intenta marcharse.)

FERNANDO.—No, no. Te lo suplico. No te marches. Es preciso que me oigas... y que me creas. Ven. (La lleva al primer peldaño.) Como entonces.

(Con un ligero forcejeo la obliga a sentarse contra la pared y se sienta a su lado. Le quita la lechera y la deja junto a él. Le coge una mano.)

CARMINA.—¡Si nos ven!

FERNANDO.—¡Qué nos importa! Carmina, por favor, créeme. No puedo vivir sin ti. Estoy desesperado. Me ahoga la ordinariéz que nos rodea. Necesito que me quieras y que me consules. Si no me ayudas, no podré salir adelante.

CARMINA.—¿Por qué no se lo pides a Elvira?

(Pausa. Él la mira, excitado y alegre.)

FERNANDO.—¡Me quieress! ¡Lo sabía! ¡Tenías que querremel! (Le levanta la cabeza. Ella sonríe involuntariamente.) ¡Carmina, mi Carmina!

(Va a besarla, pero ella le detiene.)

CARMINA.—¿Y Elvira?

FERNANDO.—¡La detesto! Quiere cazarme con su dinero. ¡No la puedo ver!

CARMINA.—(Con una risita.) ¡Yo tampoco!

(Rien, felices.)

FERNANDO.—Ahora tendría que preguntarte yo: ¿y Urbano?

CARMINA.—¡Es un buen chico! ¡Yo estoy loca por él! (FERNANDO se enfurruña.) ¡Tonto!

FERNANDO.—(Abrazándola por el talle.) Carmina, desde mañana voy a trabajar de firme por ti. Quiero salir de esta pobreza, de este sucio ambiente. Salir y sacarte a ti. Dejar para siempre los chismorreos, las broncas entre vecinos... Acabar con la angustia del dinero escaso, de los favores que abochornan como una bofetada, de los padres que nos abruman con su torpeza y su cariño servil, irracional...

CARMINA.—(Repreensiva.) ¡Fernando!

FERNANDO.—Sí. Acabar con todo esto. ¡Ayúdame tú! Escucha: voy a estudiar mucho, ¿sabes? Mucho. Primero me haré delineante. ¡Eso es fácil! En un año... Como para entonces ya ganaré bastante, estudiaré para aparejador. Tres años. Dentro de cuatro años seré un aparejador solicitado por todos los arquitectos. Ganaré mucho dinero. Por entonces tú serás ya mi mujercita, y viviremos en otro barrio, en un pisito limpio y tranquilo. Yo seguiré estudiando. ¿Quién sabe? Puede que para entonces me haga ingeniero. Y como una cosa no es incompatible con la otra, publicaré un libro de poesías, un libro que tendrá mucho éxito...

CARMINA.—(Que le ha escuchado extasiada.) ¡Qué felices seremos!

FERNANDO.—¡Carmina!

(Se inclina para besarla y da un golpe con el pie a la lechera, que se derrama estrepitosamente. Temblorosos, se levantan los dos y miran, asombrados, la gran mancha blanca en el suelo.)

TELÓN

Han transcurrido diez años que no se notan en nada; la escalera sigue sucia y pobre, las puertas sin timbre, los cristales de la ventana sin lavar.

ACTO SEGUNDO

(Al comenzar el acto se encuentran en escena GENEROSA, CARMINA, PACA, TRINI y el SEÑOR JUAN. Éste es un viejo alto y escuálido, de aire quijotesco, que cultiva unos anacrónicos bigotes lacios. El tiempo transcurrido se advierte en los demás: PACA y GENEROSA han encanecido mucho. TRINI es ya una mujer madura, aunque airosa. CARMINA conserva todavía su belleza: una belleza que empieza a marchitarse. Todos siguen pobremente vestidos, aunque con trajes más modernos. Las puertas I y III están abiertas de par en par. Las II y IV, cerradas. Todos los presentes se encuentran apoyados en el pasamanos, mirando por el hueco. GENEROSA y CARMINA están llorando; la hija rodea con un brazo la espalda de su madre. A poco, GENEROSA baja el tramo y sigue mirando desde el primer rellano. CARMINA la sigue después.)

CARMINA.—Por lo menos, tendrá el aire de familia.
¡Decir que se parece a mí! ¡Qué disparate!

URBANO.—¡Completo!

CARMINA.—(Al borde del llanto.) Me va usted a hacer reír, Fernando, en un día como éste.

URBANO.—(Con ostensible solicitud.) Carmina, por favor, no te afectes. (A FERNANDO.) ¡Es muy sensible!

(FERNANDO asiente.)

CARMINA.—(Con falsa ternura.) Gracias, Urbano.

URBANO.—(Con intención.) Repórtate. Piensa en cosas más alegres... Puedes hacerlo...

FERNANDO.—(Con la insolencia de un antiguo novio.) Carmina fue siempre muy sensible.

ELVIRA.—(Que lee en el corazón de la otra.) Pero hoy tiene motivo para entristecerse. ¿Entramos, Fernando?

FERNANDO.—(Tierra.) Cuando quieras, nena.

URBANO.—Déjalos pasar, nena.

(Y aparta a CARMINA, con triunfal solicitud que brinda a FERNANDO, para dejar pasar al matrimonio.)

TELÓN

ACTO TERCERO

Pasaron velozmente veinte años más. Es ya nuestra época. La escalera sigue siendo una humilde escalera de vecinos. El casero ha pretendido, sin éxito, disfrazar su pobreza con algunos nuevos detalles concedidos despa-ciosamente a lo largo del tiempo: la ventana tiene ahora cristales romboidales coloreados, y en la pared del segundo rellano, frente al tramo, puede leerse la palabra QUINTO en una placa de metal. Las puertas han sido dotadas de timbre eléctrico, y las paredes, blanqueadas.

(Una viejecita consumida y arrugada, de obesidad malsana y cabellos completamente blancos, desemboca, fatigada, en el primer rellano. Es PACA. Camina lentamente, apoyándose en la barandilla, y lleva en la otra mano un capacho lleno de bultos.)

PACA.—(Entrecortadamente.) ¡Qué vieja estoy! (Acaricia la barandilla.) ¡Tan vieja como tú! ¡Ufi! (Pausa.) ¡Y qué sola! Ya no soy nada para mis hijos ni para mi nieta. ¡Un estorbo! (Pausa.) ¡Pues no me da la gana de serlo, demontre! (Pausa. Resollando.) ¡Hoj! ¡Qué escalerita! Ya podía poner ascensor el ladrón del casero. Hueco no falta.

Lo que falta son ganas de rascarse el bolsillo. *(Pausa.)* En cambio, mi Juan la subía de dos en dos... hasta el día mismo de morirse. Y yo, que no puedo con ella... no me muero ni con polvorones. *(Pausa.)* Bueno, y ahora que no me oye nadie. ¿Yo quiero o no quiero morirme? *(Pausa.)* Yo no quiero morirme. *(Pausa.)* Lo que quiero *(Ha llegado al segundo rellano y dedica una ojeada al I.)* es poder charlar con Generosa, y con Juan... *(Pausa. Se encamina a la puerta.)* ¡Pobre Generosa! ¡Ni los huesos quedarán! *(Pausa. Abre con su llave. Al entrar:)* ¡Y que me haga un poco más de caso mi nieta, demontre!

(Cierra. Pausa. Del IV sale un SEÑOR BIEN VESTIDO. Al pasar frente al I sale de éste un JOVEN BIEN VESTIDO.)

JOVEN.—Buenos días.

SEÑOR.—Buenos días. ¿A la oficina?

JOVEN.—Sí, señor. ¿Usted también?

SEÑOR.—Lo mismo. *(Bajan emparejados.)* ¿Y esos asuntos?

JOVEN.—Bastante bien. Saco casi otro sueldo. No me puedo quejar. ¿Y usted?

SEÑOR.—Marchando. Sólo necesitaría que alguno de estos vecinos antiguos se mudase, para ocupar un exterior. Después de desinfectarlo y pintarlo, podría recibir gente.

JOVEN.—Sí, señor. Lo mismo queremos nosotros.

SEÑOR.—Además, que no hay derecho a pagar tantísimo por un interior, mientras ellos tienen los exteriores casi de balde.

JOVEN.—Como son vecinos tan antiguos...

SEÑOR.—Pues no hay derecho. ¿Es que mi dinero vale menos que el de ellos?

JOVEN.—Además, que son unos indeseables.

SEÑOR.—No me hable. Si no fuera por ellos... Porque la casa, aunque muy vieja, no está mal.

JOVEN.—No. Los pisos son amplios.

SEÑOR.—Únicamente, la falta de ascensor.

JOVEN.—Ya lo pondrán. *(Pausa breve.)* ¿Ha visto los nuevos modelos de automóvil?

SEÑOR.—Son magníficos.

JOVEN.—¡Magníficos! Se habrá fijado en que la carrocería es completamente...

(Se van charlando. Pausa. Salen del III URBANO y CARMINA. Son ya casi viejos. Ella se prenda familiarmente de su brazo y bajan. Cuando están a la mitad del tramo, suben por la izquierda ELVIRA y FERNANDO, también del brazo y con las huellas de la edad. Socialmente, su aspecto no ha cambiado: son dos viejos matrimonios, de obrero uno y el otro de empleado. Al cruzarse, se saludan secamente. CARMINA y URBANO bajan. ELVIRA y FERNANDO llegan en silencio al II y él llama al timbre.)

ELVIRA.—¿Por qué no abres con el llavín?

FERNANDO.—Manolín nos abrirá.

(La puerta es abierta por MANOLÍN, un chico de unos doce años.)

MANOLÍN.—*(Besando a su padre.)* Hola, papá.

FERNANDO.—Hola, hijo.

MANOLÍN.—*(Besando a su madre.)* Hola, mamá.

ELVIRA.—Hola.

(MANOLÍN se mueve a su alrededor por ver si traen algo.)

FERNANDO, HIJO.—¡Carmina! (Aunque esperaba su presencia, ella no puede reprimir un suspiro de susto. Se miran un momento y en seguida ella baja corriendo y se arroja en sus brazos.) ¡Carmina!...

CARMINA, HUA.—¡Fernando! Ya ves... Ya ves que no puede ser.

FERNANDO, HIJO.—¡Sí puede ser! No te dejes vencer por su sordidez. ¿Qué puede haber de común entre ellos y nosotros? ¡Nada! Ellos son viejos y torpes. No comprenden... Yo lucharé para vencer. Lucharé por ti y por mí. Pero tienes que ayudarme, Carmina. Tienes que confiar en mí y en nuestro cariño.

CARMINA, HUA.—¡No podré!

FERNANDO, HIJO.—Podrás. Podrás... porque yo te lo pido. Tenemos que ser más fuertes que nuestros padres. Ellos se han dejado vencer por la vida. Han pasado treinta años subiendo y bajando esta escalera... Haciéndose cada día más mezquinos y más vulgares. Pero nosotros no nos dejaremos vencer por este ambiente. ¡No! Porque nos marcharemos de aquí. Nos apoyaremos el uno en el otro. Me ayudarás a subir, a dejar para siempre esta casa miserable, estas broncas constantes, estas estrecheces. Me ayudarás, ¿verdad? Dime que sí, por favor. ¡Dímelo!

CARMINA, HUA.—¡Te necesito, Fernando! ¡No me dejes!

FERNANDO, HIJO.—¡Pequeña! (Quedan un momento abrazados. Después, él la lleva al primer escalón y la sienta junto a la pared, sentándose a su lado. Se cogen las manos y se miran arrobados.) Carmina, voy a empezar en seguida a trabajar por ti. ¡Tengo muchos proyectos! (CARMINA, la madre, sale de su casa con expresión inquieta y los divisa, entre disgustada y angustiada. Ellos no se dan cuenta.) Saldré de aquí. Dejaré a mis padres. No los quiero. Y te salvaré a ti. Vendrás conmigo. Abandonaremos este nido de rencores y de brutalidad.

CARMINA, HUA.—¡Fernando!

(FERNANDO, el padre, que sube la escalera, se detiene, estupefacto, al entrar en escena.)

FERNANDO, HIJO.—Sí, Carmina. Aquí sólo hay brutalidad e incomprensión para nosotros. Escúchame. Si tu cariño no me falta, emprenderé muchas cosas. Primero me haré aparejador. ¡No es difícil! En unos años me haré un buen aparejador. Ganaré mucho dinero y me solicitarán todas las empresas constructoras. Para entonces ya estaremos casados... Tendremos nuestro hogar, alegre y limpio... lejos de aquí. Pero no dejaré de estudiar por eso. ¡No, no, Carmina! Entonces me haré ingeniero. Seré el mejor ingeniero del país y tú serás mi adorada mujercita...

CARMINA, HUA.—¡Fernando! ¡Qué felicidad!... ¡Qué felicidad!

FERNANDO, HIJO.—¡Carmina!

(Se contemplan extasiados, próximos a besarse. Los padres se miran y vuelven a observarlos. Se miran de nuevo, largamente. Sus miradas, cargadas de una infinidad melancólica, se cruzan sobre el hueco de la escalera sin rozar el grupo ilusinado de los hijos.)

TELÓN